

¿Pueden los microcréditos solucionar la pobreza mundial?

Traducción de Leandro Nagore

*En los años 70 el catedrático de Economía y premio Nobel de la Paz en 2006, Muhammad Yunus, desarrolló la idea del microcrédito, consistente en pequeños préstamos a personas cuyas condiciones de pobreza les impiden obtener un crédito de un banco convencional. La experiencia en su país natal, Bangladesh, donde creó el Grameen Bank o "banco de los pobres", obtuvo importantes resultados. Pero, ¿deben de contemplarse los microcréditos como una solución definitiva a la pobreza? Tres expertos sobre el tema, Sam Daley-Harris, Robert Pollin y Felicia Montgomery, evalúan la experiencia de los microcréditos respecto a su eficacia más que en términos de sus buenas intenciones.**

SAM DALEY-HARRIS

Director de la Campaña de la Cumbre del Microcrédito

Pienso que estamos haciendo la pregunta equivocada. Las microfinanzas no son la solución a la pobreza global, como tampoco lo son la salud, la educación o el crecimiento económico. No existe una única solución; ésta debe incorporar una amplia gama de intervenciones de empoderamiento. Cuando se dirige a los más empobrecidos y se gestiona eficientemente, la microfinanciación puede ser un instrumento muy poderoso.

Aquellos que critican al movimiento en favor de los microcréditos han planteado varias dudas respecto a la efectividad del modelo en términos absolutos. Por ejemplo, en el artículo "Hype and Hope: The Worrisome State of the Microcredit Movement",¹ Thomas Dichter argumenta que: 1) hay muy poco trabajo de investigación que muestre el impacto de la microfinanciación y que apunte a la causalidad; 2) la microfinanciación puede ayudar a aliviar el flujo de efectivo y a impulsar la confianza de las mujeres, pero poco más que eso; y 3) los préstamos reales deberían dirigirse a la pequeña y mediana empresa que tienen la capacidad de generar empleo, y no a microemprendimientos y a actividades de subsistencia en el sector informal.

* Publicado originalmente en Foreign Policy in Focus (FPIF), en junio de 2007, www.fpiif.org Se cuenta con autorización para su reproducción.

¹ Se puede encontrar el artículo en www.microfinancegateway.org/content/article/detail/31747 - 29k

Es lícito que Dichter ponga en tela de juicio la calidad de la investigación, pero esto pudiera ser más bien reflejo de la investigación en sí y no sobre si se han logrado verdaderos avances. Sin duda, puede que existan numerosos motivos para explicar los escasos avances. En primer lugar, en casos en los que una institución no llega a los pobres, queda claro que el alivio de la pobreza no puede ser relevante en ningún caso. En otras situaciones, la institución podría incidir sobre clientes que son verdaderamente pobres, pero mediante interacciones exclusivamente financieras, con poca o ninguna atención dedicada al desarrollo social.

La respuesta de una institución ante las dificultades experimentadas por un cliente para reembolsar un préstamo puede ofrecer pistas sobre sus prioridades. Una institución centrada en el alivio de la pobreza podría llegar a determinar la causa del problema (por ejemplo, que la vaca que se compró con el préstamo haya muerto), y luego encontrar la forma para ayudar al cliente a recuperarse. El préstamo por la vaca muerta puede ser prorrogado y reembolsado a lo largo de varios años, y se puede conceder otro préstamo para permitir que el cliente consiga una nueva fuente de ingresos.

En Bangladesh los microcréditos representaban un 40% de la reducción total de la pobreza moderada en las zonas rurales

Una institución que se centre exclusivamente en el rendimiento financiero puede prestar más atención al reembolso pleno del préstamo, incluso si ello genera mayores penalidades para el cliente y el consiguiente abandono del programa por su parte. En el primer caso, ante una calamidad se promueve una segunda oportunidad; en el segundo, se motiva el abandono.

¿La microfinanciación genera siempre el avance social? No. Debe estar diseñada e implementada con sumo cuidado para alcanzar tanto la fortaleza financiera como un impacto real. ¿Y, qué hay del impacto? Sería un error insistir en que por sí sola la microfinanciación puede generar el empoderamiento que requieren las familias. Es una intervención fundamental, pero tan sólo una de las muchas que podrían ser necesarias. Cuando se considera el impacto, es esencial analizar el mercado de microfinanzas más saturado del mundo –Bangladesh–; no sólo por ser un indicador absoluto de lo que vaya ocurrir en otros países, sino también por indicar lo que podría suceder en otras partes del planeta si se desarrolla con el mismo cuidado que se aplicó en su caso.

En 1974, el entonces secretario de Estado de EEUU, Henry Kissinger, definió al recientemente independizado país como un “caso perdido de saco sin fondo”. Efectivamente, la guerra de independencia que libró Bangladesh trajo consigo la hambruna y la devastación.

Ahora, 32 años después, y 30 años desde que se concedieron los primeros microcréditos a 42 personas que vivían en la pobreza absoluta, las 20 mayores instituciones de microfinanzas de Bangladesh cuentan con 21 millones de clientes, e inciden directamente sobre 105 millones de familias, en un país con una población de 140 millones. Consideremos los siguientes cambios ocurridos en Bangladesh:

- Según UNICEF, para el año 2004, el país ya había alcanzado el Objetivo de Desarrollo del Milenio respecto de la paridad de género en la educación primaria y secundaria; la tasa de fertilidad se ha reducido de 6,4 en 1970 a 3,2 en 2004; y el número de muertes infantiles por debajo de los cinco años ha disminuido de 239 por mil nacimientos vivos en 1970, a 77 en 2004.
- Más de 13.000 mujeres han sido elegidas para ocupar puestos en gobiernos locales.
- Bangladesh ha logrado superar a la India en cuanto a la reducción de su tasa de mortalidad infantil. Según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), si la India hubiera igualado el ritmo logrado por Bangladesh en la reducción de la mortalidad infantil a lo largo de la última década, morirían 732.000 niños indios menos este año.

El detallado estudio realizado por Shahidur Khandker sobre tres instituciones de microfinanzas de Bangladesh mostró que los microcréditos representaban un 40% de la reducción total de la pobreza moderada en las zonas rurales de este país, y que su efecto indirecto fue la disminución de la pobreza entre los que no participaron de ellos en un 1% anual en el caso de la pobreza moderada y en un 1,3% por año en el de la extrema.

Este avance no se debe únicamente a la tremenda expansión de los microcréditos. Pero tampoco es causa exclusiva de programas gubernamentales de gran eficacia. Por ejemplo, la organización BRAC creó 35.000 escuelas para aquellos alumnos que nunca llegaron a cursar el primer año de escolaridad. Los prestatarios del Grameen Bank crean escuelas para sus propios niños cuando es necesario. Es poco probable que este avance hubiera sido posible si los programas de microcréditos no se hubieran arraigado en Bangladesh o si sólo estuviera disponible la microfinanciación.

Por tanto, cabe preguntarse: ¿qué hacer ante las acusaciones que critican que la investigación es floja y no demuestra causalidad alguna? ¿Debemos menospreciar la microfinanciación ya que aún no hemos demostrado que es la causa del impacto, o debemos reconocer la conjunción de sinergias responsables de estos cambios dramáticos? Esto último sería el rumbo más prudente.

¿Y qué hay de la crítica de que las microfinanzas pueden contribuir a suavizar el flujo de efectivo y a impulsar la confianza de las mujeres, pero para poco más? Cuando se le preguntó a Christopher J. Elias, el presidente de una ONG global centrada en el sector de la

El empoderamiento
está en el
eje mismo
del
desarrollo
humano

salud, y con sede en Seattle, cuál sería la acción más importante que pudiera tomarse para mejorar, de forma significativa, la salud de la población mundial, su respuesta fue “empoderar a las mujeres”.

El informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre el gran avance social logrado en Bangladesh cita cuatro factores clave en la transformación del panorama de desarrollo humano: 1) asociaciones activas con la sociedad civil, 2) transferencias con destinatarios predefinidos, 3) programas de salud ampliados, y 4) ciclos virtuosos y promoción de la mujer. Esta última área se define de la siguiente manera: “mejoras en el acceso de las mujeres a la salud y a la educación, junto con mayores oportunidades de empleo y de acceso a microcréditos, han ampliado el espectro de decisión y han empoderado a las mujeres. Si bien, aún existen disparidades, las mujeres se han convertido paulatinamente en poderosas catalizadoras del desarrollo, exigiendo un mayor control sobre la fertilidad y el espacio entre partos, la educación para sus hijas y el acceso a servicios”.

El empoderar o el afianzar la confianza no pueden ser menospreciados como si fueran efectos triviales de la microfinanciación. El empoderamiento está en el eje mismo del desarrollo humano. El Proyecto Hambre distingue entre un desarrollo fallido centrado en la entrega de servicios de arriba a abajo sin empoderamiento y el desarrollo donde se empodera a las personas, especialmente a las mujeres, como base del desarrollo. Cuando se realizan campañas de vacunación sin empoderamiento, es poco probable que los padres vuelvan a traer a sus niños para la segunda o tercera tanda de inmunización, haciendo que la primera resulte inútil. Cuando se ofrece educación sin empoderamiento, los padres se encuentran incapaces de hacer frente a las barreras que surgen: matrículas, uniformes y libros de texto que no pueden permitirse, o profesores que no acuden a las aulas.

La entrega de servicios de arriba a abajo valorados en miles de millones de dólares estadounidenses no logrará cumplir sus objetivos si no se realiza una labor de empoderamiento. Nos encontraremos con esta deficiencia siempre que los esfuerzos en el terreno de las microfinanzas destinados a asegurar “servicios financieros inclusivos” intenten cumplir este objetivo mediante modelos para la entrega de servicios que hagan caso omiso del empoderamiento de los clientes y de las comunidades en las que viven.

Posiblemente, la crítica más perversa es que los préstamos reales deberían encauzarse hacia las pequeñas y medianas empresas con capacidad

para generar empleo, y no hacia los microemprendimientos y las actividades de subsistencia en el sector informal. No hay ninguna duda de que las pequeñas y medianas empresas deberían poder contar con servicios financieros, pero de ahí a afirmar que por consiguiente estos servicios no deberían estar al alcance de los microemprendimientos es sentenciar a los más pobres a una triste vida de esperas: por empleos remunerados y un crecimiento económico que pudiera no llegar jamás, o por el alivio momentáneo, sin dignidad ni empoderamiento, que puede ofrecer la caridad.

Debemos mejorar la microfinanciación en aquellos casos en los que no logra cumplir sus promesas, y no descartarla como una moda fracasada y demasiado publicitada. Lo que también resulta necesario es una visión poderosa respecto de su alcance y su impacto, una visión que se articule claramente con objetivos audaces.

No es realista esperar que un país empobrecido pueda acometer un ataque directo y masivo contra la pobreza dejando que los créditos estén disponibles únicamente a tipos de interés exorbitantes

ROBERT POLLIN

Profesor de Economía y codirector del Political Economy Research Institute en la Universidad de Massachusetts-Amherst

Sam Daley-Harris y yo estamos de acuerdo en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, concordamos en que ofrecer créditos, y otros servicios financieros, accesibles para las poblaciones más empobrecidas puede ayudar a aliviar la pobreza. En segundo lugar, estamos de acuerdo en que, de por sí, las microfinanzas no pueden, de ninguna forma, ser la solución a la pobreza global. En resumen, coincidimos en que la microfinanciación puede desempeñar algún papel en la reducción de la pobreza global. Pero nada de esto nos dice mucho sobre la manera en que las microfinanzas pueden desempeñar este papel, ni tampoco sobre hasta qué punto pueden llegar a ser una fuerza motriz en la lucha contra la pobreza.

Las iniciativas de microfinanciación deben estar integradas dentro de un rango de iniciativas e instituciones que se respalden mutuamente para que puedan tener un impacto significativo sobre la reducción de la pobreza. Para empezar, creo que el acceso de los pobres a los créditos debe ser subvencionado a gran escala, del mismo modo que entre las décadas de 1950 y 1970, especialmente, los bancos de desarrollo promocionaron exitosamente un auge manufacturero y exportador en gran parte del mundo en desarrollo en base

a grandes subvenciones crediticias. Daley-Harris no pone en duda que cobrar tipos de interés de entre 30% y 50% de media a prestatarios pobres sea una política adecuada. De hecho, ni siquiera trata sobre la cuestión de los tipos de interés de los micropréstamos. Sin embargo, cuando nos referimos en general a ofrecer “acceso” al crédito a personas empobrecidas, que estos puedan permitírselos debería ser una preocupación fundamental. No es realista esperar que un país empobrecido pueda acometer un ataque directo y masivo contra la pobreza dejando que los créditos estén disponibles únicamente a tipos de interés exorbitantes. Ofrecer subvenciones a gran escala que puedan rebajar el riesgo para los prestamistas y, por tanto, los tipos de interés sobre préstamos de microfinanciación en hasta un 75%, es algo que se pueden permitir los gobiernos de países empobrecidos. Un ejemplo de ello es Kenia, uno de los países más pobres del mundo.

Indonesia y Tailandia han logrado mayores avances económicos que Bangladesh a pesar de que la microfinanciación ha tenido un papel mucho menos destacado

Daley-Harris subraya que la microfinanciación debe estar respaldada por otras intervenciones en la lucha conjunta contra la pobreza mundial. Sin embargo, se muestra poco explícito en cuanto a la forma que deberían adoptar estas instituciones. Hay que destacar la importancia de la transición desde los diferentes modelos de “estado de desarrollo”, desde principios de la década de 1980, hacia el modelo de política neoliberal que está actualmente en auge en los países en vías de desarrollo. Bajo el modelo neoliberal, las extensiones agrícolas, el respaldo del marketing y otras formas de asistencia gubernamental a pequeños empresarios, se han reducido de forma considerable; la política respecto a los mercados financieros se centra en regulaciones liberalizadoras y en intentar atraer capitales especulativos; la política macroeconómica se basa en luchar contra la inflación mediante medidas de austeridad; y los gobiernos no se esfuerzan por estimular la generación de empleos con sueldos dignos. Todas estas medidas suponen pesados lastres contra todo esfuerzo que puedan tomar las instituciones de microfinanzas para mejorar de forma significativa la vida de los más pobres.

El Grameen Bank lo creó Muhammad Yunus en Bangladesh en 1976. Hoy en día, en palabras de Daley-Harris, Bangladesh es “el mercado mundial más saturado por las microfinanzas”. Daley-Harris presenta datos que demuestran los avances logrados en Bangladesh en la reducción de la pobreza desde que abrió sus puertas el Grameen Bank. No obstante, consideremos algunas sencillas comparaciones. En 1965, la renta *per cápita* media en Bangladesh era de 269 dólares estadounidenses (con referencia a la capacidad adquisitiva en el año 2000). Ese mismo año, la renta *per cápita* en Indonesia era de 195 dólares, un 28% menos que la de Bangladesh. En 2004, la renta *per cápita* de Bangladesh había alcanzado

los 402 dólares, mientras que en Indonesia se situaba en 906 dólares. En resumen, la renta *per cápita* de Bangladesh creció un 150%, mientras que en Indonesia había aumentado en un 460%. Volviendo al tema de la reducción de la pobreza: según las últimas cifras del Banco Mundial, el porcentaje de personas viviendo por debajo del umbral de la pobreza (un dólar diario) era del 36% (en el año 2000), mientras que en Indonesia era de 7,5% (en el 2002).

Indonesia, sin embargo, está lejos de ser uno de los “tigres” de Asia oriental. Si analizamos Tailandia, en 1965 su renta *per cápita* era casi un 50% superior a la de Bangladesh. En el año 2004, se situaba en un 600% por encima de la de Bangladesh. Lo que resulta aún más significativo es que en 2002, Tailandia había logrado rebajar el porcentaje de población que vivía por debajo del umbral de la pobreza, a tan sólo un 2%.

¿A qué se debe que Indonesia y Tailandia hayan logrado mayores avances económicos que Bangladesh en estos últimos cuarenta años? Sin entrar en un dilatado debate en cuanto a las estrategias de desarrollo, podemos apuntar al hecho de que Indonesia y Tailandia han conseguido sus éxitos a pesar de que las instituciones de microfinanciación del estilo del Grameen Bank hayan tenido un papel mucho menos destacado que en Bangladesh en el apoyo a la población más empobrecida. Esto no significa que debemos menospreciar las verdaderas contribuciones del Grameen Bank. Lo que indica es que si estamos comprometidos a acabar con la pobreza global, deberíamos centrarnos en mayor medida en las estrategias de desarrollo en conjunto, en las que operan las instituciones de microfinanciación, y menos en la microfinanciación en sí como herramienta para la reducción de la pobreza.

FELICIA MONTGOMERY

Asociada de desarrollo de la Campaña de la Cumbre del Microcrédito

El microcrédito es un instrumento eficaz en la lucha contra la pobreza por varios motivos, incluso dentro del contexto del marco económico neoliberal predominante. Sam Daley-Harris ya ha esbozado algunos de los extraordinarios logros conseguidos por Bangladesh en el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. La contribución de los microcréditos en la reducción de la pobreza es innegable.

Los microcréditos se han enfocado en Bangladesh en la lucha contra la pobreza, y su caso ha inspirado el movimiento global en favor de estos. El Grameen Bank y otras revolucionarias instituciones de microfinanzas ofrecen mucho más que meros “servicios financieros para los pobres”. Se trata de un enfoque con múltiples facetas en la lucha contra los varios obstáculos que atrapan a los pobres en su condición. Este enfoque incluye la integración de la educación para la salud con los microcréditos, cierto grado de educación financiera, formación técnica y la oportunidad para la autodeterminación.

Los microcréditos pueden ser implementados junto con muchos proyectos de desarrollo ya establecidos y que están siendo reivindicados por un número creciente de nuevos actores por los muchos beneficios que ofrecen. Un ejemplo sería el del Rural Development Institute (RDI), que se está desarrollando junto a un programa de “micropropietarios de tierra” al que se pueden acoger familias pobres, y sin tierras, en la India, y ahora también en Pakistán. El programa pretende ante todo incidir sobre el primero y segundo decil más bajo de los hogares rurales ofreciéndoles la posibilidad de ser propietarios de tierras que incluyan vivienda y jardín, con tamaños de hasta una décima de un acre, y con atención especial a los derechos de las mujeres sobre las tierras. El objetivo a medio plazo del RDI es servir como catalizador para un “programa global de micropropietarios de tierras” basándose en la experiencia y como complemento a los programas de micropréstamos para los pobres, mediante programas de micropropiedad para estos. Las pruebas acumuladas de lo que se puede lograr con tales micropropiedades parecen ser muy robustas en términos de nutrición, ingresos y empoderamiento.

Por otra parte, poner en tela de juicio los tipos de interés exigidos por las organizaciones de microfinanzas no es del todo relevante en este debate. La Campaña de la Cumbre del Microcrédito y aquellos que se adhieren a nuestra escuela de pensamiento no son partidarios de cobrar tipos de interés elevados para atraer a inversores que solo buscan beneficios. Consideramos que las instituciones de microfinanzas deben ser sostenibles, deben mejorar las condiciones de vida de sus clientes y crecer para poder brindar sus servicios a más clientes. Ahora que cada vez más bancos comerciales se están interesando por los microcréditos, nuestra postura ante este interés que muestran es de extrema cautela. Si bien aplaudimos esta decisión, y deseamos comprometerlos en el diálogo en curso sobre los microcréditos, queremos evitar que el fin principal se modifique o se pierda de vista. El objetivo es sacar a personas de la pobreza, y no conseguir grandes beneficios.

Aunque la propuesta respecto a Kenia parece interesante,² ¿qué nos haría creer que los bancos comerciales quisieran prestar a los más pobres? Debemos ser conscientes de que el segmento de la población al que nos dirigimos especialmente es el de aquellos que viven por debajo del umbral de un dólar estadounidense al día. Pudiera ser que se logre convencer a los bancos comerciales de que inviertan en los que son moderadamente pobres. Pero en el caso de los más pobres, no será fácil convencerlos. De hecho, la demanda de microcréditos es elevada. Una organización que se centra en los más pobres y que ha logrado generar impactos sociales positivos en las vidas de sus clientes es Jamii Bora. Con sus programas innovadores enfocados a ladrones, mendigos, las personas con VIH positivo y los habitantes de chabolas, Jamii Bora está atendiendo a los “intocables bancarios”, brindándoles formas para salir de la pobreza.

² Ver el artículo de Robert Pollin, “Microcredit: False Hopes and Real Possibilities”, 21 de junio de 2007 en www.fpiif.org

¿Pueden los microcréditos solucionar la pobreza mundial?

No concuerdo con la idea de que no se puede incidir sobre las vidas de los que viven en situaciones de extrema pobreza con la microfinanciación. Lo que es necesario es estar plenamente comprometido. La actitud proactiva e innovadora de la mayoría de las instituciones de microfinanzas es el motivo por el cual muchas han sido capaces de adentrarse en barrios peligrosos y abrirse camino en extensas comunidades rurales. El concepto de los servicios financieros ha cambiado, adaptándose a las realidades cotidianas de las personas. Aunque el modelo económico neoliberal sea el más dominante en la sociedad actual, es fundamental que comprendamos que volver al viejo sistema bancario no generará necesariamente resultados deseados. Las instituciones de microfinanzas y otras agencias de desarrollo internacional tienen por mandato adaptarse continuamente a los desafíos que plantea la pobreza en la actualidad. No nos podemos permitir desatender las realidades a las que se enfrentan los pobres sólo porque son difícilmente alcanzables.